

Escuela para Padres

Familia y Valores, un desafío urgente

Serie Educación y Familia

Nº 2 - Mayo de 2008

1. Estimados Padres y Apoderados, en nuestra primera Escuela para Padres de este año revisamos la relación Familia-Colegio, analizando principalmente los grados y formas de participación de ésta en el proceso de formación. Ahora daremos un paso más, para mirar cuál es su aporte específico de cara a los valores en los que educamos. Pero antes deseamos invitar nuevamente a la “apertura mental”, especialmente a esos papás y mamás que siguen relacionándose en forma inadecuada con la Comunidad Educativa; nos referimos a ese estilo confrontacional y nunca colaborativo. En estos casos, a Dios gracias en número muy reducidos, la posibilidad de un trabajo efectivo en favor de los alumnos se hace casi nula. Se observa en ellos un patrón común: responsabilizar unilateralmente a los profesores o al Colegio de los fracasos de los hijos; nunca asumir fracasos familiares, hábitos o conductas que terminan perjudicando a los hijos; concluir que los alumnos exitosos basan sus logros en que los profesores “les tienen buena”, y que detrás del fracaso de otros está el hecho que “los profesores les tienen mala”; intentos de generalizar situaciones o experiencias negativas. Al parecer estamos enfrentando una actitud que se da en la gran mayoría de las unidades educativas del País y en todos los niveles sociales, y que tiene que ver con la incapacidad de asumir roles parentales claros, responsables y bien definidos. Ya lo decía Pilar Sordo: “*Nos hemos ido retirando del frente que implica ser autoridad para nuestros hijos, se nos olvidó ser autoridad. Se nos olvidó que como padres nuestra función primordial es educar a nuestros hijos*”¹. Es imperioso reflexionar al respecto para poder crecer en estos lazos de comunión Familia-Colegio, que tanto benefician a los estudiantes, sobre todo al momento de educar en valores. Pasemos, ahora, a explicitar qué entendemos por familia y valores.
2. Por familia entenderemos esa comunidad de personas que se define por la pertenencia. Y por lo mismo, la familia afecta a todo cuanto somos o hacemos. La calidad de esa pertenencia es lo que nos va configurando como hombres y mujeres. No podemos hablar de valores cuando la calidad de esa pertenencia es precaria o está resquebrajada. Nuestra reflexión no se hace cargo de los cambios que ha sufrido la familia chilena, ni del por qué el sentido de pertenencia en algunos casos es fuerte y en otros sólido. La discusión supone un tipo de familia donde no se niega la importancia que tiene para sus miembros un sentido de pertenencia estable y de calidad. Es esta familia la que hoy se ve enfrentada a serias ambigüedades y graves contradicciones entre lo que se quiere enseñar y lo que se vive en la práctica cotidiana. Y detrás de esto existe un gran problema social: estamos inmersos en una situación en que el discurso sobre los valores no es claro; en otras palabras: los adultos hemos perdido el horizonte de la realidad. Es común escuchar en papás o formadores que, frente a situaciones complejas, dicen no saber qué hacer con los hijos, qué decirles, cómo abordarlos. No son pocos quienes se sienten frustrados al comprobar que no logran comunicarse con los hijos, que sus palabras no llegan a donde deberían. Es pertinente entonces que nos preguntemos cómo encarar nuestro compromiso con los valores, porque está en juego la felicidad de los hijos y el destino de la sociedad entera.
3. Por valores, entenderemos el conjunto de prototipos, ideales de bondad, belleza y verdad; o bien, modelos teóricos que nos orientan y conducen en la relación con los demás, con nosotros mismos y con el mundo. En donde haya seres humanos habrá una reflexión y acción de bien o mal, es decir, estarán presentes los valores.
4. Vivimos en una sociedad en la que no existe claridad sobre qué es un valor o, peor aún, donde el oportunismo, la conveniencia personal, las mafias, la ambición, el revanchismo, se han convertido en auténticos “valores”. Prima, por otro lado, el sentido del placer y el relativismo por sobre el deber. Todo parece depender del placer que nos reporte o de los beneficios que consigamos. La felicidad se ha convertido en un derecho personal a cualquier precio. En nombre de ella se mata, se roba, se abandonan hogares e hijos, se renuncia a causas justas o se traiciona a personas e instituciones. Todo es válido en la medida en que garantice mi felicidad. En una sociedad así, los valores son totalmente negociables, dependientes de personas, grupos o circunstancias. Así lo que un día nos parece mal, al otro nos parece bien; un día podemos estar aplaudiendo el Colegio y saludando a nuestros profesores con tortas y regalos

¹ SORDO P., *¡Viva la diferencia!*, Ed. Norma S. A., Chile 2005, p. 133.

y, al siguiente, hablando mal de ellos en la esquina. Y todo a vista y paciencia de los hijos. Cabe, pues, que nos preguntemos ¿a qué se debe la confusión ética de los jóvenes de hoy?

5. El problema no es menor si pensamos que, por ejemplo, 5 de cada 10 niños viven con un solo progenitor; 3 de cada 10 no viven con ninguno de sus padres; 1 de cada 6 familias en divorcio vive en situación de pobreza; 3 de cada 10 nacimientos son ilegítimos, y de éstos 1 es de padres adolescentes; 8 de cada 10 padres maltrata a sus hijos; la segunda causa de muerte de adolescentes en Latinoamérica es el suicido, cuyas causas fundamentales son depresión y fracaso; y en Chile podemos también llegar a estos índices si no adoptamos las medidas necesarias²; en 9 de cada 10 familias existe incomunicación padre-hijo³. Además, la mayoría de nuestros alumnos pasan, en promedio, dos horas solos ante el televisor; y otros ven a sus padres sólo un rato durante el día. Y como si los problemas de incomunicación fuesen pocos, estamos observando lo que se podría llamar “efecto celular”: los padres compran celulares a sus hijos y con ello tranquilizan sus conciencias; se sienten padres responsables porque llaman a sus hijos, y si alguien les contenta al otro lado de la línea significa que su hijo está bien, en casa de un amigo o amiga, siempre estudiando, haciendo tareas o divirtiéndose “un ratito”; por último, a salvo, vivos. Pero pocos papás se dan a la tarea de comprobar si es efectivo que están bien, con quién están o qué están haciendo. ¿Y por qué? Porque también ellos tienen derecho a pasarlo bien, a ser felices. Después de todo, los hijos que se divierten hasta perder la noción del tiempo y del espacio, que rompen árboles, que gritan por las calles, que van a reunirse bajo los puentes o en apartados potreros, siempre son los hijos del vecino.
6. La familia no debe perder el horizonte, no debe renunciar a ser escuela de valores. Tampoco debe perder de vista el contexto en que desarrolla esta tarea. Nos enfrentamos a la tarea titánica de educar a un joven cuyo estilo de vida está cerrado en el presente, en lo instantáneo, que busca sensaciones fuertes, que tiene escasa tolerancia a la frustración, que es en general hedonista, individualista y narcisista. Volvamos a Pilar Sordo para entender mejor por dónde debe ir nuestro aporte específico *“Si usted es adulto, y por adulto voy a entender a mayores de 35 años, tendrá que recordar algunos antecedentes de su generación que son relevantes para saber qué mundo le hemos entregado a las futuras generaciones. Para ver televisión había que esperar hasta las cuatro de la tarde, verla en blanco y negro y, si yo quería cambiar un canal de televisión, tenía que levantarme de la cama, las opciones eran no más de tres y si no me levantaba a apagarla, ésta quedaba prendida toda la noche, pero sin que dieran programa alguno, sólo se sentía el ruido o quedaba la pantalla en blanco y negro. Con el fin de encontrar una nueva cara del Combate Naval de Iquique, tenía que empezar a buscar recortables en quioscos por lo menos con diez días de anticipación. Cuando niña llevábamos zapatos a la reparadora de calzado, íbamos a la modista y los créditos casi no existían, por lo que la única manera de adquirir un producto era ahorrando”*⁴. Esto -explica- formó una generación basada en el esfuerzo y rigor, que siente que debió sufrir mucho. Y esto ha llevado a que inconsciente o conscientemente los padres busquen facilitarle la vida a sus hijos; vivimos con un sentimiento de culpa a cuestas: no queremos que ellos sufran lo que nosotros. Las nuevas generaciones se rigen por la ley del menor esfuerzo. Y a esto se suma, de nuestra parte, una actitud consentidora y sobreprotectora. Por eso se incrementa en los adolescentes y jóvenes la poca tolerancia a la frustración, la creencia de que la felicidad se compra, el horror al aburrimiento, la impaciencia, flojera y la famosa “lata”. Y a la hora de enfrentar la educación en valores, las familias no presentan tantas dificultades con las virtudes blandas: buenos modales, responsabilidad, tolerancia; pero sí ante las duras: autodisciplina, creencias religiosas, disposición al trabajo duro, determinación, renuncia a gustos personales, sacrificio por causas comunes, trabajo gratuito... Sabemos que el exceso de facilidades en la consecución de metas es un pésimo punto de partida para el logro de la autonomía responsable. Y sin embargo, muchos adultos nos convertimos en verdaderos abogados de los hijos ante profesores, autoridades y vecinos, pensando que de esa forma les ayudamos cuando en realidad no hacemos más que malcriarles y bajar al mínimo la exigencia de conductas deseables.
7. Frente a este panorama es imperioso un programa de vida que considere lo siguiente:
 1. Preguntarnos por el perfil de hijos que deseamos. Lo que se hace o se deja de hacer en la infancia influye directamente en las respuestas que irán dando los hijos frente a los desafíos que se les irán planteando en la vida. Por ejemplo, de la formación en la infancia dependerá si ante la escasez de recursos materiales robarán, trabajarán, pedirán prestado o les dará lo mismo.
 2. Poner atención en auténticos valores. Vivimos en una suerte de mercado persa, y en él también se venden “valores”. Por ejemplo, nuestros actuales jóvenes están recibiendo el siguiente mensaje: tener objetos costosos y de marcas exclusivas es bueno (un valor), porque es sinónimo de identidad, pertenencia y autoafirmación. Es importante, pues, distinguir los verdaderos valores de los “voladores de luces”. El primer deber de los padres es hacer ver a los hijos lo que es realmente importante.

² Cf. <http://argijokin.blogcindario.com/2007/12/08176-el-suicidio-podria-llegar-a-ser-la-segunda-causa-de-muerte-entre-los-adolescentes-chilenos.html> (Mayo de 2008)

³ VV.AA., XX Congreso Interamericano de Educación Católica, Santiago de Chile 2004, p. 274.

⁴ SORDO P., Op.cit., 127-128.

3. El diálogo y el encuentro es fundamental a la hora de orientar. ¿Cómo sabremos la valoración que hace un hijo del trabajo, de la vida misma, del crimen, de la mentira... si nunca o muy poco nos encontramos con ellos? Recordemos que cuando los padres no forman, entonces lo hace la calle, la televisión y/o los amigos. El colegio contribuye y refuerza la formación que traen o reciben los alumnos, pero no puede hacerlos nacer de nuevo.
4. Educar para los valores desde los valores, es decir, no sólo con la palabra, sino en un contexto donde se viven esos valores que predicamos. Cuando somos coherentes, los niños, adolescente y jóvenes nos escuchan con respeto y abren puertas para el diálogo y la orientación; somos figuras creíbles. Sin embargo, los valores de los hijos pueden ser similares a los de los padres, pero nunca idénticos, porque pasan por la interpretación y la experiencia personal.
5. Estamos de acuerdo en la importancia de educar en valores, pero en qué valores educar. Todos son importantes, no obstante hay algunos que nos parecen urgentes, y que guardan relación con la espiritualidad barnabita: solidaridad, libertad responsable, participación, trabajo, justicia, paz, austeridad, perseverancia, conciencia ecológica, coherencia, esperanza (utopía).
6. Es fundamental que exista acuerdo en los valores entre Padres, Colegio y Parientes. Poco logramos avanzar cuando los papás o un miembro de la familia educa a contracorriente a los hijos, a veces incluso retrocedemos, pues los niños y adolescentes terminan confundidos. Y al revés, los parientes, como por ejemplo los abuelos, pueden fortalecer la red de apoyo y ser una buena solución cuando escasea el tiempo de los padres.
7. El estilo parental autoritario, permisivo o democrático influye tanto en la transmisión como en el tipo de valores que asimilará el niño-adolescente. Vemos:
 - a. **Si el estilo es autoritario** (papás impositivos, controladores, con disciplina rígida, normas absolutas, promueven la obediencia y son poco afectivos), los hijos asumirán más fácilmente valores deterministas y de conformidad (como obediencia, paciencia, laboriosidad) y se inhibirán ante valores de autodirección y estimulación (como iniciativa, libertad, responsabilidad).
 - b. **Si el estilo es permisivo** (mínimo control de los padres, poca capacidad de influencia en los hijos, muy afectuosos, demasiada libertad, escasa disciplina y poca vigilancia), los hijos asumirán fácilmente valores de autodirección (como autonomía e independencia) y se inhibirán frente a valores de responsabilidad y sociabilidad (como solidaridad, trabajo responsable, obediencia a normas...)
 - c. **Si el estilo es democrático** (los padres manejan a libertad dentro de una estructura, establecen normas, dan razones y explicaciones y utilizan una disciplina racional e inductiva), los hijos asumirán fácilmente valores de autodirección y prosociales (como libertad responsable, iniciativa, solidaridad...)

Una última reflexión

“...Para que una familia funcione educativamente es imprescindible que alguien se resigne a ser adulto. Y me temo que este papel no puede decidirse ni por sorteo ni por una votación asamblearia. El padre que no quiere figurar sino como “el mejor amigo de sus hijos”, algo parecido a un arrugado compañero de juegos, sirve para poco; y la madre, cuya única vanidad profesional es que la tomen por hermana ligeramente mayor de su hija, tampoco vale mucho más...Cuanto menos padres quieren ser los padres, más paternalista se exige que sea el Estado” (Fernando Savater⁵)

Para trabajar, se recomienda la discusión sobre los estilos parentales (autoritario, permisivo o democrático): cuál manejamos con mayor frecuencia y cómo afecta en el desempeño escolar de los hijos; cuál es el estilo ideal hacia el que deberíamos caminar? También podemos profundizar en la reflexión de Fernando Savater: ¿se observa esta realidad en los ambientes donde nos desenvolvemos?

Reiteramos la **invitación a capacitarse para ser monitores de CONACE**, en el programa de vida saludable y, así, contribuir más y mejor en la formación de nuestros alumnos. Los interesados deben acercarse a los Delegados de Educación de su curso.

P. Humberto Palma Orellana

⁵ El valor de Educar, Barcelona 1997, pp.62-63.